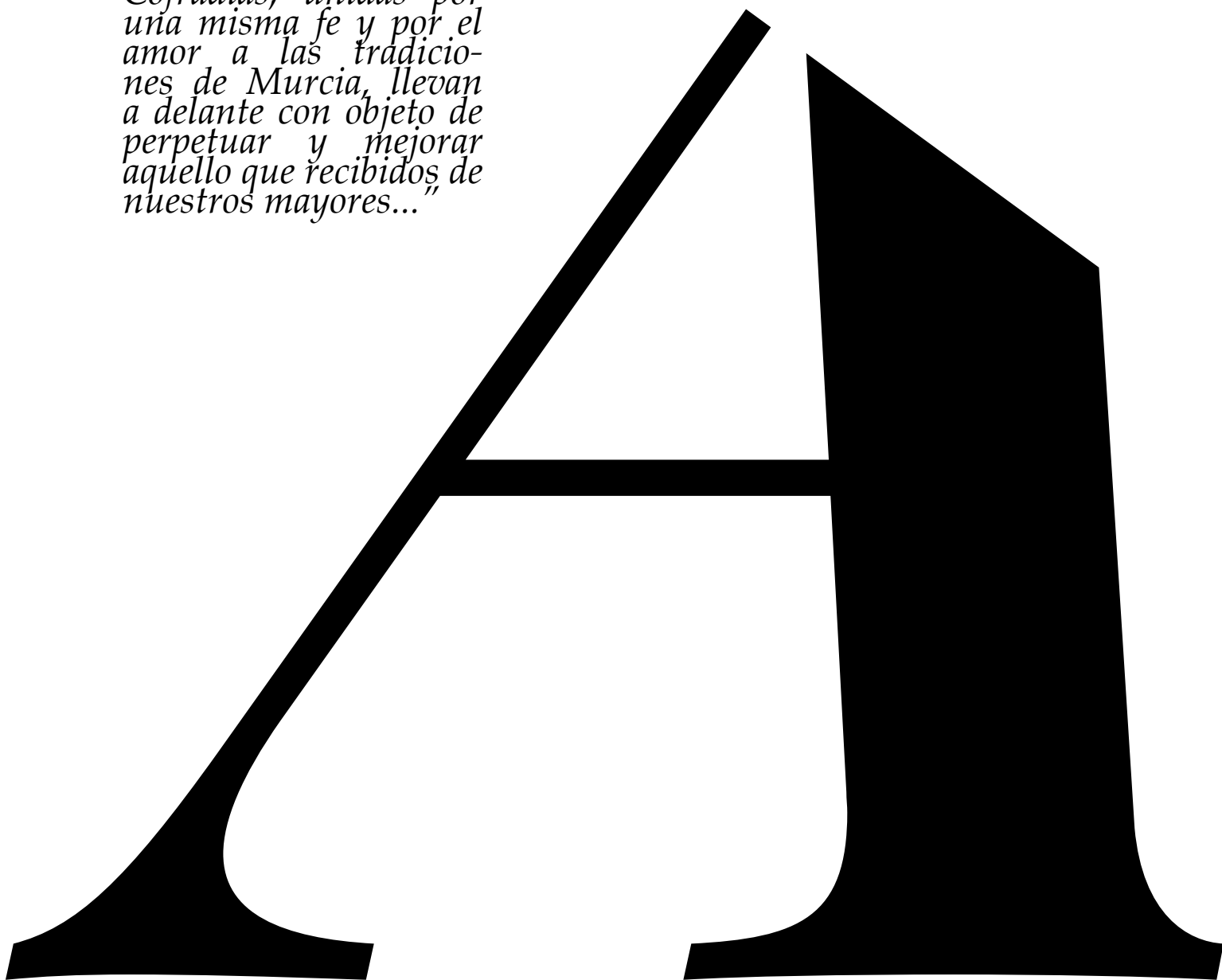




A group of people, likely a dance troupe or a religious procession, are shown from the waist down. They are wearing vibrant red, long-sleeved tunics or robes with white trim at the cuffs and hem. Underneath, they wear white, intricately patterned socks or stockings. Their footwear consists of light-colored, flat-soled shoes with dark, crisscrossing straps. Each person is holding a long, thin, light-colored wooden staff vertically. The scene is set on a paved ground, possibly a street or a courtyard, with a building's base visible in the background.

CRÓNICAS DE UN PUEBLO

“...ese cúmulo de esfuerzos e ilusiones que, todas y cada una de las Cofradías, unidas por una misma fe y por el amor a las tradiciones de Murcia, llevan a delante con objeto de perpetuar y mejorar aquello que recibidos de nuestros mayores...”



LA ALEGRÍA DE VIVIR LA SEMANA SANTA EN MURCIA

M^a Ángeles Cáceres Hernández-Ros
Presidenta de la Real Muy Ilustre y Venerable
Cofradía de Servitas de María Santísima de Las Angustias

Junto a las fiestas de Navidad, la Semana Santa forma parte de mis recuerdos y vivencias más profundas desde la infancia. Cuando el Presidente de la Cofradía de la Caridad, amablemente, me invitó a participar en esta revista con un artículo que, de forma sencilla, reflejase mis experiencias en relación a la Semana Santa, poco a poco fueron viniendo a mi mente, momentos y personas que me hacían volar a la niñez. Indisolublemente unidas a la liturgia preconiliar de la Semana de Pasión, que repleta de signos nos ayudaba a adentrarnos en el Misterio de la Redención, aparecen ante mis ojos aquellas procesiones de los años cincuenta y sesenta del siglo pasado. Recuerdo con emoción la figura de mi madre. Cada día, de su mano, mis hermanos y yo íbamos a casas de familiares y amigos a ver, desde los balcones de las estrechas calles de Murcia, el discurrir de la procesión. Así, con la atónita y limpia mirada de los niños, conocí a Cristo que es Perdón en el impresionante calvario de San Antolín, a Jesús que es Rescate, Salud y Refugio, a la mujer Samaritana junto al Pozo de Jacob y al Berrugo que cruzaba el puente, a hombros de los nazarenos coloraos, desde el Barrio. Mi madre nos iba presentando a todos y cada uno de los personajes, explicándonos las escenas que pasaban ante nosotros. Ella aprovechaba el paso de las imágenes para explicarnos los pasajes de la Pasión que poco antes habíamos escuchado en la celebración de la Misa y así, lo oído se materializaba ante nosotros con la fuerza de las bellas tallas de nuestra Semana Santa, de forma que las procesiones eran para aquellos niños auténticas catequesis y mi madre la mejor catequista. Qué alegría haber sentido como, año a año, y paso a paso, las procesiones me ayudaban a ir creciendo en la fe. Qué alegría haber podido continuar esa tradición con mis cinco hijos. Y ahora, en el postre de la vida, qué alegría poder seguir haciéndolo con mis nietos, algunos de los cuales ya participan en las procesiones con verdadera alegría.



Quiero agradecer a la Real Muy Ilustre y Venerable Cofradía de Servitas de María Santísima de Las Angustias por haberme invitado a participar en esta revista con un artículo que, de forma sencilla, reflejase mis experiencias en relación a la Semana Santa, poco a poco fueron viniendo a mi mente, momentos y personas que me hacían volar a la niñez. Indisolublemente unidas a la liturgia preconiliar de la Semana de Pasión, que repleta de signos nos ayudaba a adentrarnos en el Misterio de la Redención, aparecen ante mis ojos aquellas procesiones de los años cincuenta y sesenta del siglo pasado. Recuerdo con emoción la figura de mi madre. Cada día, de su mano, mis hermanos y yo íbamos a casas de familiares y amigos a ver, desde los balcones de las estrechas calles de Murcia, el discurrir de la procesión. Así, con la atónita y limpia mirada de los niños, conocí a Cristo que es Perdón en el impresionante calvario de San Antolín, a Jesús que es Rescate, Salud y Refugio, a la mujer Samaritana junto al Pozo de Jacob y al Berrugo que cruzaba el puente, a hombros de los nazarenos coloraos, desde el Barrio. Mi madre nos iba presentando a todos y cada uno de los personajes, explicándonos las escenas que pasaban ante nosotros. Ella aprovechaba el paso de las imágenes para explicarnos los pasajes de la Pasión que poco antes habíamos escuchado en la celebración de la Misa y así, lo oído se materializaba ante nosotros con la fuerza de las bellas tallas de nuestra Semana Santa, de forma que las procesiones eran para aquellos niños auténticas catequesis y mi madre la mejor catequista. Qué alegría haber sentido como, año a año, y paso a paso, las procesiones me ayudaban a ir creciendo en la fe. Qué alegría haber podido continuar esa tradición con mis cinco hijos. Y ahora, en el postre de la vida, qué alegría poder seguir haciéndolo con mis nietos, algunos de los cuales ya participan en las procesiones con verdadera alegría.



Pero si había un día que sobresalía sobre los demás dentro de la Semana Mayor ese era, sin duda, para mí y desde niña, el Viernes Santo. Indisolublemente unidas a los Oficios, con la lectura



de la Pasión según San Juan, la Adoración de la Cruz, la Misa de Presantificados y el Oficio de Tinieblas, discurrían por las calles de Murcia las procesiones de Nuestro Padre Jesús Nazareno, en la mañana, y en la noche cerrada, la del Santo Entierro, en la que se integraban la Hermandad del Santísimo Cristo de la Misericordia, y la Congregación de Servitas, la procesión de los azules, nuestra procesión.

Cuando el Nazareno había vuelto a la iglesia de Jesús. Cuando la Cena, la Oración, el Prendimiento, los Azotes, la Caída, la Verónica y la Dolorosa precedida del gallardo San Juan (cuya

camarera era mi tía Ana) habían recorrido durante horas las calles de la ciudad escenificando la pasión del Señor. Cuando solo quedaba una vela encendida en el Tenebrario de la iglesia, significando a María, a la Virgen, a la Madre que quedaba sola tras la muerte de su Hijo, llegaba el momento de que saliese de San Bartolomé, Ntra. Sra. de las Angustias. Nuestro paso.

Siendo muy niña, mi madre (durante años secretaria de la Cofradía) me hizo Servita y hoy tengo el honor de presidir esa Cofradía a la que siempre me he sentido muy unida por los lazos familiares que me ligan a una lista de grandes y ejemplares mujeres que me precedieron como servitas, ocupando distintos cargos en las Juntas de Gobierno desde finales del siglo XIX (Caso de mi bisabuela Mercedes Bosch que llegó a ser presidenta).

Presidir la Cofradía me va llevando a conocer otra cara de nuestra Semana Santa en la que nunca había reparado, a pesar de mis muchos años de cofrade y mi tradición familiar. He visto de cerca el trabajo que conlleva sacar la procesión a la calle: cuando la ves desde fuera no te haces idea de los esfuerzos y desvelos que encierra. He conocido a las ilusiones de personas, muchas veces anónimas, que con tesón y responsabilidad realizan un sinfín de cometidos, p.ej.: la bajada de la imagen de la Virgen de las Angustias, vestir al Ángel Servita, adornar los tronos, etc. La unión de todos esos pormenores tiene como resultado un hermoso cortejo que, además de contribuir al mantenimiento de una tradición secular, esperamos sirva, como a mí me sirvió, para que muchos crezcan en su fe. También me ha sorprendido el hecho de que el trabajo de la Cofradía se mantenga durante todo el año alentado por las personas que forman el Equipo de Gobierno. Así, la responsabilidad de presidir la Cofradía Servitas está siendo una experiencia única y maravillosa para mí. Doy gracias por ello, pues no me imaginaba que me iba a hacer tanto bien y afronto esta etapa con la misma ilusión y alegría de aquella niña que, de la mano de su madre, tuvo el primer contacto con nuestras procesiones de Semana Santa.



Pero ser presidenta de los Servitas también me ha llevado a formar parte del Cabildo Superior de Cofradías. Otra realidad desconocida, hasta ahora para mí. He de reconocer que dicha tarea me imponía mucho pero está siendo una experiencia muy gratificante; me siento cómoda y me enriquezco del conocimiento de los presidentes que llevan varios años al frente de sus cofradías. Su ayuda es de una gran importancia para mí, al tiempo que me está permitiendo conocer ese cúmulo de esfuerzos e ilusiones que, todas y cada una de las Cofradías, unidas por una misma fe y por el amor a las tradiciones de Murcia, llevan



a delante con objeto de perpetuar y mejorar aquello que recibidos de nuestros mayores, para que hoy, como hace décadas me ocurrió a mí, otros niños puedan ver pasar junto a ellos a Jesús y a su Madre, y los padres y abuelos, primeros educadores en la fe, les expliquen los “pasos” de la Pasión, Muerte y Resurrección del Señor.

Ruego a la Santísima Virgen de las Angustias para que no perdamos el sentido de nuestro objetivo en medio de trivialidades que, poco o nada tienen que ver con el fin de las procesiones. Sería una pena que todo ese trabajo no fructificase en una verdadera catequesis que nos hiciese sentir alegres y orgullosos de vivir la Semana Santa en Murcia.

HERMANN!
TAL
TENER
!ONE DICHA

¡QUE DICHA TENER TAL HERMANO!

Miguel López García

Cuando se me propuso escribir unas letras para esta edición de la revista “Rosario Corinto”, dado que la Cofradía del Santísimo Cristo de la Caridad pone en la calle su procesión principal en la tarde del sábado de la Semana de Pasión, pensé hacer una breve exposición de la significación y evolución litúrgica de esos días que preceden a la Semana Santa. La Providencia – y la enfermedad – me impidieron acometer el artículo.

El omnipresente WhatsApp no descansó y durante mi convalecencia me enteré que la Cofradía de la Caridad sería la anfitriona del VII Encuentro Diocesano de Jóvenes Cofrades que se celebraría el 18 de febrero; que el paso de Ntro. Padre Jesús de la Merced conmemoraba el XX Aniversario de su fundación; conciertos solidarios, efemérides y un buen número de eventos más, en mi cabeza se instalaron tres términos: encuentro, jóvenes y fundación. Con base en ellos se desarrolló la idea que quiero transmitir.

Estamos tan acostumbrados a los encuentros, jornadas... que muchas veces nos preguntamos si todo eso puede servir de algo, o es, simplemente, un entretenimiento para un reducido grupo de amigotes amantes de una estética religiosa que se queda en eso: en “estética”. Aunque en demasiadas ocasiones lo parezca, yo estoy seguro de que no es así.

Es una realidad que en cada punto de la Diócesis (y de España) las cofradías y procesiones pueden ser todo lo polifacéticas que se quiera, dependiendo de la tradición heredada, de los condicionantes culturales, de aspectos económicos, demográficos, urbanísticos e incluso climatológicos. Está claro que, las formas de manifestarse en procesión pueden ser muy dispares, en uno y otro sitio, y son las vivencias de todos y cada uno de nosotros las que forman en su conjunto la Semana Santa. De su intersección, y de ahí la necesidad de estos encuentros cuya iniciativa alabo, será más o menos amplia dependiendo de las coincidencias personales en las maneras de vivirlas, sin olvidar que, indudablemente, todas estas manifestaciones públicas tienen un eje central, un solo motivo de existir, que no es



otro que JESÚS, el Hijo de Dios, el Nazareno, que sigue llamando hoy, y que hoy, como durante más de veinte siglos, quiere y puede seguir siendo imán para los jóvenes.

Y ahora viene mi experiencia personal. Hace treinta años, yo fui uno de aquellos chavales que fundaron el paso de Ntro. Padre Jesús de la Merced en Murcia, pero no os voy a contar las fatigas que sufrimos hasta ponerlo en marcha o la ilusión con que salimos por primera vez a la calle en el traslado del Sábado de Pasión, 26 de marzo de 1988, simplemente, me vais a permitir una reflexión que creo resume muy bien mi experiencia en torno a ese paso. No hace mucho leí que Hans Kung en una de sus tesis sobre cristianismo afirmaba que: “no es cristiano el hombre que nada más procura vivir humanamente, o socialmente, o hasta religiosamente. Cristiano es ante todo, y solamente, el que procura vivir su humanidad, socialidad y religiosidad a partir de Jesucristo”. Las Hermandades y Cofradías, a lo largo de muchos siglos han sido eso: el lugar en el que se ha podido vivir la humanidad, la caridad y la solidaridad, no como en una simple ONG, sino a partir de Jesús. Sin duda, se tiene un encuentro con el Señor en los pobres, en los enfermos o en los que sufren, pero



estos últimos treinta años nos han demostrado, a aquellos jóvenes que fundamos el trono de la Merced, que también se puede encontrar a Jesús en el arte, en la tradición, en los hermanos cofrades y en los “acontecimientos nazarenos”. Porque ¿cuántas amistades verdaderas surgieron en las reuniones del trono?, ¿qué unión se creó entre nosotros en torno a los actos de la hermandad: una cena, una junta, un aniversario...? ¿Cómo hemos ido compartiendo los momentos alegres – bodas, nacimientos de hijos, - y tristes, incluida la muerte de dos de nuestros anderos? ¿Cómo se produce en nosotros la sensación de encontrar a un hermano cada vez que nos volvemos a ver, aunque haya pasado mucho tiempo? Todo ello solo tiene una explicación: aquellos jóvenes de 1987 encontramos a Jesús en esa imagen del Nazareno de la Merced y, formando una familia, sin rencillas ni afán de protagonismos, la sacamos a la calle con toda la humildad del mundo (un trono prestado, una iluminación pésima, una túnica de camarín manchada, una peluca sintética, ...) pero sin prestar mucha importancia a esos matices estéticos que se han ido puliendo a lo largo de los años, lo importante era el sentir de aquel grupo de chavales que, cargando el trono del Nazareno Mercedario, hacían suya la exclamación de San Francisco de Asís al contemplar al Cristo de San Damián dando la vida por amor: “¡Qué dicha tener un tal hermano!”

LA VISIÓN DE UN FOTÓGRAFO NAZARENO

Jorge Martínez Reyes

Túnica o cámara, cámara o túnica; ésta es siempre la complicada decisión que un nazareno amante de la fotografía tiene que afrontar cuando se aproxima una nueva semana de pasión. De Viernes de Dolores a Domingo de Resurrección parece que hay muchos días para poder disfrutar de ambas cosas, pero créanme, es muy complicado tanto no ponerte la túnica de tu cofradía durante dos años, como decirle a tu cámara que cierto día no olerá a incienso. No colgarte la cámara durante una procesión, para los enamorados de la fotografía cofrade, es no dejar testimonio de un hecho que solamente ocurre una vez al año. Si, también es cierto que procesionando se captan muchas imágenes con nuestros sentidos, incluso algunas veces mejores y más profundas que con cámara, pero dicha imagen no queda en tu disco duro para siempre.

Mi afición por la fotografía tiene su origen en las procesiones, en la Semana Santa. El mundo nazareno fue lo que me empujó a introducirme en el mundo de las cámaras y de los objetivos. Desde ese momento, hace aproximadamente unos 5 años, mi interés por el mundillo de la imagen ha ido siempre en aumento, saliendo del ámbito cofrade y extendiéndose lentamente hasta donde mi modesto ojo me deja ver. De hecho, cuando D. Andrés Marín me llamó en noviembre para comunicarme que mi fotografía del Cristo del Rescate iba a ilustrar la portada de “El Cabildillo” este año, no me lo creía; y hasta que no lo vea con mis propios ojos no seré consciente de ello. No obstante, siempre he pensado que retratar la Semana Santa, o en general una procesión, es algo complejo. La fotografía cofrade no es una modalidad sencilla ni mucho menos, pues en ella se dan bastantes factores que dificultan “el retrato”; como puede ser la falta de luz en la gran mayoría de procesiones, que obliga a poner la cámara en configuraciones extremas. Además, como todos sabemos, las procesiones son un “evangelio que camina” y por tanto el movimiento es una característica fundamental en los desfiles, cosa que los fotógrafos precisamente no buscamos. Dentro del ambiente procesional tampoco puede faltar la gente



que acude a presenciar las cofradías, aspecto que no hace llevadero el trabajo fotográfico, no solamente por la escasa libertad de movimiento que ello supone para sacar una “buena toma”, sino también



para los que somos fotógrafos y tímidos a la vez. Unos más y otros menos, pero yo pienso que todos nos sentimos incómodos al introducirnos entre dos filas de penitentes; pues no es únicamente una cuestión de vergüenza por parte del fotógrafo, sino de respeto a todos los integrantes de la procesión. A pesar de todos estos inconvenientes, para mí salir a una procesión con la cámara al hombro es de lo más especial, ya vuelva con fotos buenas o no tan buenas.

Pasada la Navidad y divisando la Cuaresma por el horizonte, las pasadas al disco duro para disfrutar de las fotos de procesiones anteriores aumentan. Y es que eso, para mí, es una de las cosas más bonitas y que más disfruto; el poder ojear todas las fotos de años pasados, retocarlas, e incluso si alguna la consideras especial, subirla a las redes. Y conforme se va acercando el Miércoles de Ceniza, las ganas de Semana Santa van en aumento totalmente descontrolado. Los cuarenta días previos no son menos singulares; revisar semana por semana los actos y cultos de las cofradías es el mejor entrante a la semana nazarena. Además, los vía crucis tienen un carácter especial para retratarlos; son actos profundamente religiosos en los que se respira silencio y recogimiento, al igual que ocurre con los besapiés; momentos donde la devoción aflora por completo y se capturan fotografías únicas con un sentimiento desbordado. Poco a poco, nuestra cámara se va preparando para lo que se avecina. Los dos traslados por excelencia de nuestra Semana Santa nos alertan de que el Viernes de Dolores está a la vuelta de la esquina; ambos nos dejan unas instantáneas únicas: la mirada del Nazareno de Jesús y el paso del Gran Poder por el paseo del Malecón.

Y amanece el Viernes de Dolores; baterías cargadas, tarjetas vacías y listas para almacenar a nazarenos, caramelos, miradas, monas con huevo, obras maestras de la imaginería que salen a nuestras calles...en definitiva, un conjunto inseparable y único en el mundo. Igualmente, no puede faltar en la mochila del fotógrafo cofrade algún que otro suplemento alimenticio para soportar toda la jornada, y muy importante; dejar espacio libre para guardar todos los caramelos y otros obsequios provenientes de las túnicas, pues no es agradable tener que rechazar la generosidad de un nazareno o de una nazarena por falta de espacio.

Dentro de las diecisiete procesiones que conforman actualmente la Semana Santa de Murcia, cada cual tiene su idiosincrasia que la define y que inspira al



fotógrafo, el cual pasa a ser un mero intérprete. Entre ellas, la cofradía que es dueña y editora de esta publicación, que saca a la calle dos procesiones. La procesión rojo corinto es un cortejo asentado y serio, de detalles muy cuidados. Eso facilita mucho la labor del fotógrafo, pues es algo parecido a como si la cofradía actuase, mediante indirectas, indicando al artista qué tiene que fotografiar. Lo mismo ocurre con la procesión del Rosario; un desfile procesional con mucha esencia. Porque al fin y al cabo, la fotografía necesita esencia y carácter; y en la Semana Santa de Murcia, en general, ambas cualidades desbordan.



LA COFRADÍA DEL SEÑOR SAN ILDEFONSO DE LA IGLESIA DE SANTA CATALINA

José Emilio Rubio Román
Mayordomo de Honor

La centricidad de la Iglesia de Santa Catalina y la condición de plaza Mayor que tuvo durante siglos la plaza del mismo nombre, propiciaron desde la antigüedad el asentamiento en el templo de notables cofradías, y entre las mismas se significó de modo especial la denominada en los viejos documentos Cofradía del Señor San Ildefonso.



Hay que indicar, ante todo, que el santo que dio nombre a tal corporación nació en Toledo en el año 607, durante el reinado de rey visigodo Witerico, en el seno de una distinguida familia de estirpe germánica.

Según la tradición, fue sobrino del obispo de Toledo San Eugenio III, quien comenzó su educación. Fue ordenado de diácono por el obispo Eladio. Estuvo vinculado desde niño al monasterio de Agali, en los arrabales de Toledo, en el que ingresó y del que llegó a ser abad hacia el año 650. Firma entre los abades participantes en los Concilios VIII y IX de Toledo. Al fallecimiento de Eugenio III, en 657, fue elegido obispo y obligado a ocupar su sede por el rey Recesvinto.

El santo obispo falleció en el año 667, siendo sepultado en la iglesia de Santa Leocadia de Toledo y posteriormente trasladados sus restos a la ciudad de Zamora. La noche del 18 de diciembre de 665, San Ildefonso, acompañado por clérigos y algunos otros, fue a la iglesia para cantar himnos en honor de la Virgen María. Encontraron la capilla brillando con una luz tan deslumbrante que sintieron temor. Todos huyeron excepto Ildefonso y sus dos diáconos. Estos entraron y se acercaron al altar. Ante ellos se encontraba la Virgen María, sentada en la silla del obispo, rodeada por una compañía de vírgenes entonando cantos celestiales.

María hizo una seña con la cabeza para que se acercara Ildefonso. Habiendo obedecido, ella fijó sus ojos en él y dijo: "Tu eres mi capellán y fiel notario. Recibe esta casulla, la cual mi Hijo te

envía de su tesorería.” Habiendo dicho esto, la Virgen misma lo invistió, dándole las instrucciones de usarla solamente en los días festivos designados en su honor. En la Catedral de Toledo, los peregrinos pueden aún venerar la piedra sobre la que la Virgen Santísima puso sus pies cuando se le apareció a San Ildefonso.

Ese es el milagro, de honda raigambre devocional, plasmado por Sánchez Lozano en el grupo que se muestra en una de las capillas laterales de la Iglesia de Santa Catalina.



Sánchez Lozano refleja el momento en que el santo, arrodillado ante la imagen de la Virgen de la Paz, recibe el precioso tributo de la casulla. La Virgen aparece sentada sobre un sillón barroco y se inclina levemente para imponer la casulla a San Ildefonso. Pero el culto a San Ildefonso en la iglesia de Santa Catalina es muy anterior. De 1792 data la noticia de que en la víspera de la fiesta del santo, que se celebra el 23 de enero, “entre tres y cuatro de la tarde, los Muy Ilustres Señores Caballeros del Hábito, Canónigos, y Cofradía del Sr. S. Ildefonso, sita en la Parroquial de Santa Catalina, celebrarán

las vísperas clásicas, continuando la función que años hase se hacía. Predicara el Sr. D. Josef Eschrib, Cura propio de dicha Parroquial. El día del Santo se principiará por la mañana a las nueve y media, y por la tarde á las tres, con asistencia de la Capilla de este Ilustre Ayuntamiento, y Madres Agustinas”.

De donde se deduce que la festividad del santo toledano era objeto de gran celebración en aquellos años finales del siglo XVIII, pero es patente que la cofradía era muy anterior, no sólo porque se alude a la función que ya se hacía años atrás, sino porque existe constancia de que en febrero de 1659, casi siglo y medio antes, aquella hermandad constituida por sacerdotes y seglares del estado noble trató de adquirir la capilla denominada del Santo Cristo, que conservaban los hermanos hospitalarios de San Juan de Dios en Santa Catalina, para contar con lugar de enterramiento propio, aunque finalmente no se cerró el acuerdo.

Más atrás se remontó en sus investigaciones el investigador murciano José Crisanto López Jiménez, cuando localizó en el Archivo de Protocolos la obligación de un tal Juan Cano, procurador, vecino de Murcia, de pagar 30 ducados a la Cofradía de San Ildefonso, de sacerdotes, que le mandó dar el clérigo Francisco de Santa Cruz para hacer un San Ildefonso, como aparece en cláusula de su testamento de fecha 11 de julio de 1603.



Hay una curiosa referencia a la Cofradía de san Ildefonso en una reseña sobre la del Rosario publicada con fecha 26 de junio de 1896 en el diario ‘Las Provincias de Levante’, y conforme a la

cual “todos los que morían de muerte desgraciada, pero que se ignoraba como o por quien se había verificado la muerte, habían de llevarse al pórtico que antes existió en la puerta del templo parroquial de Santa Catalina, en donde quedaban expuestos, por si sabía alguien quién era el muerto, y cómo había ocurrido la muerte; y después la Cofradía de San Ildefonso, instalada en la indicada parroquia, se encargaba de llevarlos finalmente al Panteón o Carnero de la Capilla del Rosario”.

Entre los miembros ilustres de la desaparecida corporación, a la que Fuentes y Ponte ya no hace referencia en su ‘Murcia Mariana’ (1880), estuvo el sacerdote y literato Jacinto Polo de Medina, lo que explica el hecho de que aun habiendo fallecido en Alcantarilla, fuese sepultado, cumpliendo su voluntad, en la entonces parroquial de Santa Catalina, como refiere la lápida de la fachada a la que se hizo referencia en el número anterior de esta revista.

“La religiosidad popular es un espacio de encuentro con Jesucristo y una entrañable devoción a la Virgen.”

LA RELIGIOSIDAD POPULAR EN NUESTRA SEMANA SANTA

Encarna Talavera Gómez
Directora "Hora Cofrade" Radio Murcia-Cadena SER

Como cada año la Revista Rosario Corinto me ofrece la oportunidad de poner por escrito un mensaje sobre nuestra maravillosa Semana Santa, y este año 2017, Año Santo para Caravaca de la Cruz, y por ende para nuestra Región de Murcia, es aún más importante colaborar, porque quería relatar la importancia de la religiosidad popular a pesar de que vivamos en un gran secularismo en nuestra sociedad actual.

Ciertamente, a mi poco me importa como viva cada uno, ni siquiera como viva cada cual su fe, pero la realidad es que este Año Jubilar es beneficioso para todos los murcianos en muchos sentidos e invita a quienes así lo deseen a conseguir las indulgencias plenarias a la vez que practicamos turismo recorriendo los distintos caminos que nos llevan a Caravaca de la Cruz. A mí, particularmente, me atrae el Camino del Apóstol, aquél que une Cartagena con Caravaca de la Cruz y nos muestra los encantos de varias localizaciones que forman parte de ese camino. Además, lo bonito es hacerlo en familia, sea cual sea tu familia, la formen los miembros que la formen, lo bonito es participar de esa aventura que nos une compartiendo experiencias y fe. Esa es la religiosidad popular que nos gusta a muchos, la que compartimos, en el camino o en la carrera de nuestras procesiones.



Quiero compartir con vosotros algunas de las reflexiones del papa Francisco sobre la religiosidad popular que me han llamado mucho la atención:

- *"La religiosidad popular es un espacio de encuentro con Jesucristo y una entrañable devoción a la Virgen".*
- *"La piedad popular es una manera legítima de vivir la fe cristiana".*
- *"No podemos devaluar la religiosidad popular o considerarla secundaria".*

La religiosidad popular, y por tanto las hermandades y cofradías, son una unión entre "lo más íntimo de cada uno y su relación con Dios en la que la imagen hace de vínculo". Su pilar fundamen-



tal es la fe. Tampoco se entendería sin la familia, y tampoco se concibe sin la cultura y por supuesto está unida al pueblo. Yo cada año llevo a mi hija a que vea conmigo y reciba el legado de la Semana Santa murciana, y este año mi hijo ya se ha animado a hacer el camino del Apóstol.

Otro aspecto fundamental que define a las cofradías es el ejercicio de la caridad. Y esta palabra seguro que nos evoca el recuerdo de la imagen tan preciosa del "Cristo de la Caridad". Es importante que la misma cofradía realice obras de caridad extraordinarias, muchos somos conocedores de la labor de auxilio que realizan las cofradías y el mismo Cabildo, aunque lo lleven en silencio y no tiene por qué enterarse nadie, pues una cosa esta clara, DE LOS POBRES NO SE PRESUME, SE LES AYUDA.

Cada hermandad, cada cofradía, cada municipio, tiene una manera de entender la religiosidad popular, tan influenciada por su cultura.

Cada cofradía tiene sus propias señas, su manera de ser que la identifica. *"Se nota en todo. En el sentido de pertenencia. No sólo es estar inscrito. Cada una tiene su estilo y sus formas. Los nombres de las cofradías son apellidos de una identidad de ser cristiano. Él es de la Misericordia, de la Paz, de la Caridad"...*



En definitiva, es algo que está arraigado a cada uno de nosotros, el ser humano es religioso por naturaleza, podrá descubrirlo antes o después pero a lo largo de los siglos las imágenes de la Semana Santa han servido para eso, para que la religiosidad popular siga adelante y también para que se descubra.



El hecho de la religiosidad popular es tan constante en la historia de nuestra Región y de todos los pueblos y de todas las épocas, que ignorarlo supone situarse fuera de la realidad de la vida. Diré más, el atacarlo puede suscitar dolorosamente reacciones fundamentalistas que, sin duda, son totalmente condenables, pero no han de serlo menor quienes han provocado dichas reacciones.

Quiero terminar este artículo diciendo que cuando cientos de miles de hombres y mujeres de todas condiciones y de todos los niveles culturales, en manifestaciones masivas, en ocasiones puntuales, o en un reguero interminable de días y horas, acuden a lugares de culto santificados por el silencio, el sacrificio, la promesa, la oración, algo muy serio y profundo debe existir en el alma de las personas. Quizás estén todos diciendo, cada cual a su estilo y desde su óptica aquello de San Agustín: "Nos has hecho, Señor, para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti".

